

**LA LEYENDA DEL BRUJO:
FERNANDO GONZÁLEZ AUSCULTA A JUAN VICENTE GÓMEZ**

Elías Pino Iturrieta (*)

Confesión de intenciones

El libro de Fernando González sobre Juan Vicente Gómez (**Mi compadre**. Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980) es ineludible. Se ha machacado por los investigadores del personaje y de su tiempo, hasta el punto de convertirlo en una de las fuentes más socorridas. Está en todas las bibliografías como respaldo de los trabajos ocupados del dictador proverbial de Venezuela. Pareciera que no se puede estudiar el tránsito del mandamás sin detenerse en las páginas del pensador antioqueño.

Como se trata de un escritor sin ligaduras previas con la dictadura a la cual se aproxima, los lectores se echan con confianza en su regazo. Como viene del otro lado de la frontera, parece capaz de una lectura sin sumisiones y sin cuentas por cobrar. La reputación de conductas levantiscas y experimentos literarios que se labró en el pasado y en la posteridad, especialmente frente a las autoridades constituidas, lo vuelven una promesa de tesoros críticos y de juicios temerarios sobre un objeto de estudio que pocos se habían atrevido a registrar con autonomía de criterio. La cercanía con intelectuales venezolanos de entonces, pero también con políticos o con gentes sencillas y la posibilidad que tuvo de pasearse con relativa libertad en el teatro dominado por su personaje, espantan las reservas sobre los misterios que pretende desvelar. El rumor sobre la molestia que produjo en el biografiado ya anciano la versión tejida por el forastero, aumenta los créditos del texto. Además, gracias a las cualidades de una prosa manejada sin atildamientos nadie siente deseos de soltar la madeja elaborada con retador talento. Tenemos frente a los ojos una

(*) Doctor en Historia por el Colegio de México. Profesor titular de la Universidad Central de Venezuela y de la Universidad Católica Andrés Bello. Precursor en nuestro país del estudio de las mentalidades. Actualmente es director del Instituto de Investigaciones Históricas de la UCAB. Individuo de Número. Ocupa el Sillón "N".

obra de vital importancia sobre un asunto de interés para los venezolanos, pues. Sin embargo, no parece este el tiempo de continuar la exaltación que ha predominado.

El ejercicio de meterle el diente ahora a **Mi compadre** no pretende traducirse en un ataque premeditado. El problema de los historiadores venezolanos no debe ser Fernando González, sino Juan Vicente Gómez, en la medida en que la sociedad todavía recuerda con benevolencia su administración. Pese a lo que tuvo de horror, depredación, corruptela y opacidad, el régimen del montañés usualmente se observa con condescendencia y aún con nostalgia, como si la sociedad del futuro insistiera en regocijarse en un estercolero. Increíbles maromas de la memoria han convertido al lóbrego hombre de presa en un padre severo cuyas obras forman parte de un patrimonio digno de encomio. El mito del patriarca que se impuso sobre una confusión para ordenar la riqueza naciente y a los hombres llamados a recibirla, se ha empinado sobre la realidad que significó una tiranía cruel de veintisiete años.

La alternativa de cambiar esa indulgencia por sentimientos más acordes con lo que de veras sucedió, pero también con pareceres cónsonos con el credo de republicanismo y ciudadanía que conmina a la sociedad cada vez con más empeño, pasa por la obligación de desmontar la patraña. Acaso la operación no sólo nos acerque a la verdad, sino también a las miserias de un pueblo que todavía se niega a la cohabitación civilizada y pacífica. Una de las formas de llegar a tales descubrimientos consiste en la crítica de las fuentes de las cuales manó la versión, empeño que nos mete ahora en las páginas de Fernando González. Pero, según se desprende de las razones expuestas, no se trata de una investigación aséptica de documentos primarios, sino especialmente de la exploración de las raíces de unas sospechosas simpatías nacionales.

El autor y la base de sus ideas

Fernando González nace en Envigado, Antioquia, en 1895. Allí muere en 1964, después de observar el mundo desde un curioso prisma. Comienza su figuración en la vida literaria como miembro de *Los Panidas*, un grupo que comparte con León de Greiff y Ricardo Rendón. Cautivado por la epopeya de Bolívar, escribe duras páginas sobre el hombre de las leyes y sobre los políticos que habían desarrollado su carrera sin relaciones con las ideas del padre de la patria. En **Mi Simón Bolívar**, una obra de 1929, y en **Santander**, un libro que circula en 1940, puede seguirse la ruta de su encomio de don Simón y de sus reservas frente a don Francisco de Paula. Se ha dicho que tales producciones parten de una concepción personalísima de su actualidad, marcada por la

insatisfacción, pero quizá convenga asomar la idea de que más bien dependen de un atrabiliario modo de pensar, cuyos límites son los caprichos y las sensaciones de quien maneja la pluma para presentarse como un analista que necesita mirarse en el espejo exclusivo de su talento con el objeto de renegar de las escuelas establecidas. De allí la atracción de unas letras ambivalentes que convidan a la intimidad o aconsejan alejamiento, pero también la forja de lo que José Luis Díaz Granados llama “prosa vital y descarnada” y Javier Henao Hadrón prefiere calificar como “filosofía de la autenticidad”.

Seguramente tales rasgos sean los predominantes de **Viaje a Pie**, una descripción de paisajes y personajes redactada en 1929 debido a la cual se gana con creces el rechazo de su gobierno, la incomodidad de Mussolini y unos anatemas de la iglesia católica. **El hermafrodita dormido**, celebrado texto de 1933, profundiza el itinerario de provocaciones, escritura intensa y pareceres someros inaugurado en el trabajo sobre su peregrinación. El siguiente capítulo del caminante que quiso ser se desarrolla en Caracas, cuando se estaciona en 1933 para prendarse de Gómez y prodigar su elogio en **Mi compadre**. No es lo último que hace, por fortuna. Retirado después en su hacienda cercana a Enviado, anima a los escritores jóvenes que terminan fundando el nadaísmo.¹

La mirada puesta en Bolívar y en Santander, a la cual anteceden los vistazos de gentes y entornos ya aludido, nos introduce en el núcleo de una insistencia del autor por el entendimiento de las sociedades hispanoamericanas a través de algunas de sus encarnaciones supremas, o de lo que él considera como tales. De allí el interés que pone en Juan Vicente Gómez.

Veamos ese punto de partida abocetado en su bibliografía anterior, que desarrolla cuando apenas comienza **Mi compadre**. Escribe allí Fernando González:

Claro que el destino de los pueblos, o sea, el complejo de aspiraciones, pasiones, inquietudes, etc., se realiza mediante los hombres representativos de tales complejos. Es una ley que todo *se represente*. Desde la gravedad que lo hace en astros, hasta la infección orgánica, que se localiza.

En los pueblos viejos, donde la instrucción ha llegado al pueblo todo, el destino se representa en mayor número de hombres. De ahí que la

1 Javier Henao Hadrón, **Fernando González, filósofo de la autenticidad**, Medellín, Ediciones de la Universidad de Antioquia, 1988; José Luis Díaz Granados, *González, Fernando*, **Diccionario enciclopédico de las letras de América Latina**, Caracas, Biblioteca Ayacucho y Monte Ávila Editores Latinoamericana, 1980, vol. II.

antigüedad esté representada únicamente por unos cuantos Césares y que Francia, por ejemplo, no tenga *hombres representativos*. Así como sus montañas fueron abajadas por las aguas, también su vida es llanura; todo ciudadano es Laval o Herriot; todos son primeros ministros. La energía vital irriga por igual a toda la población; hay trabajadores intelectuales sobresalientes que cada día sobresalen menos.

Es una ley que llamaremos de la dispersión de la conciencia patria. Al levantarse la conciencia de las masas de ciudadanos, la representación del país se efectúa un poco en cada uno. Igual a las aguas y a su distribución, que si hay muchos canales, desaparecen los ríos.

Pongamos un problema: ¿No se percibe que haya grandes hombres porque todos aumentan su conciencia, o bien es a causa de que la energía se dispersa en muchos? Ambas cosas. Creo que al aumentar la conciencia en todos los ciudadanos, la necesidad de grandes hombres representativos desaparece.²

No es nueva la idea sobre los hombres que terminan traduciendo a sus sociedades, o sobre las sociedades traducidas en algunos de sus hombres. Ya los apologistas venezolanos de Gómez habían insistido en mostrarlo como el resumen de un pueblo que evoluciona hacia formas superiores de vida.³ Ahora González plantea la alternativa de una evolución dentro del fenómeno, atribuida a la educación de los ciudadanos. La educación es una energía susceptible de provocar la expansión de una conciencia nacional. Se puede llegar a extremos de desarrollo de la educación, debido a los cuales la masa reemplaza sus representaciones personales ubicadas en la cúspide por un ejercicio de representación multitudinario y enfático. Cada sociedad llega a representarse a plenitud de manera progresiva, mientras se distribuye entre las poblaciones la instrucción y la energía que trasmite, dejando atrás su antigua necesidad de una muleta encarnada en figuras peculiares. Una fatalidad que huele a ciencia positiva va desplazando poco a poco las representaciones de una etapa rudimentaria, para permitir el ascenso hacia un estadio enaltecedor de convivencia.

Sin embargo, pareciera en primera instancia que los pueblos nuestros no corren parejos en la competencia. Todavía viven una etapa de atraso que no les ha permitido ascender en la escala que ha trajinado una sociedad como la francesa. Asegura el autor:

2 *Mi compadre*, Caracas, Editorial Ateneo de Caracas, 1980, p. 12.

3 Ver: Elías Pino Iturrieta, *Positivismo y gomecismo*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1978; José Ramón Luna, *El positivismo en la historia del pensamiento venezolano*, Caracas, Editorial Arte, 1971.

Suramérica es nueva en todo y tiene las montañas más altas, el ave que más alto vuela y el rey de los ríos. Nueva, y por eso tiene los Andes juveniles que la recorren de sur a norte, su columna vertebral; por tener tantas montañas, es donde hay más agua y fertilidad. Allá la naturaleza hace ensayos: Ríos representativos y hombres representativos; también árboles. Inundaciones en las llanuras, durante el invierno, que cubren leguas y leguas. Mucha hojarasca en descomposición.

Igual es en espíritu. La energía no está canalizada; hace apenas cuatrocientos años que las varias razas comenzaron a fundirse en ese horno; la sangre española se prepara allí para asombrar al mundo, mezclada con la raza india y con una pinta de negro.⁴

Nuestros pueblos son un trabajo por hacer, como la naturaleza. De nuevo circula la idea de una pretendida infancia que necesita del dictamen de los mayores, de una experiencia dependiente del tiempo o de la sabiduría fraguada en otras latitudes. Pero la metáfora que acude a la geografía no es pesimista. Es una pintura de vitalidad, una alusión al vigor que más tarde se puede convertir en portento. El paisaje que existe puede ser el paisaje prometedor del futuro. El paisaje civilizado reemplazará al paisaje agreste, sacando de sus posibilidades una nueva vida. Lo mismo puede suceder con los hombres adscritos a un entorno que ha de facilitar una nueva relación social, en lugar de impedirlo. Acaso no requieran de tutores foráneos, aunque se han referido con admiración en la parte inicial del fragmento. En otro lugar Fernando González desprecia a los intelectuales latinoamericanos que han buscado a las antiguas metrópolis como plataforma de sus éxitos, una pista que apunta a la impresión en torno a la sugerida búsqueda de la vitalidad en el seno de las culturas infantiles y agrestes.

Veamos lo que afirma partiendo de una censura a la obra de Antonio Guzmán Blanco, un gobernante excesivamente europeizante:

[...] no se le puede amar, no lo podemos amar los que miramos a Suramérica como nuestra vida: Completa colonia espiritual de Europa fue nuestro continente. Rubén Darío, Carrillo, Rafael Núñez, Rodó, Guzmán, etc.; los hermanos García Calderón escriben en francés. Nada propio, ninguna conciencia. Esos son y fueron hombres capaces de vender sus patrias por una alabanza francesa. Lo único que da valor al hombre es la conciencia, que lo eleva a Dios, pero desde su casa, desde sus virtudes. ¿Qué valor puede tener uno como Gómez Carrillo,

4 Ibidem, pp. 12-13.

que decía” *‘Daría toda mi obra por haber escrito un solo libro en francés? ¡Pobre borracho que no tuvo una sola virtud y que es aún sugestión de nuestras juventudes. Rubén Darío, otro vicioso: ‘Mi sueño era escribir en francés’. En Argentina es aún más repugnante el espectáculo: Hay allá escritores que hacen traducir al español lo que balbucean en francés.*⁵

No se trata de una descalificación de las culturas metropolitanas, debido a que el primer fragmento reflexiona sobre el desarrollo de las conciencias colectivas operado en su seno y de cómo constituye tal fenómeno del viejo continente una cualidad principal de los pueblos aclimatados en el seno de la civilización. Se trata de anunciar la existencia de dos vidas: la europea ajena y la suramericana propia y susceptible de amor. Pero también capaz de producir orgullo, si recordamos el entusiasmo de sus reconstrucciones del paisaje. Le concede tanta entidad a la diferencia y al afecto que debe producir en el caso de las expresiones oriundas, que no duda en arrojar dardos cargados de veneno contra quienes, además de no advertir la existencia de los dos ámbitos, se regocijan en su rol de colonos. Es evidente cómo no subestima las plumas de los renombrados escritores, sino la conciencia que las mueve. La falta de conciencia, más bien. Clama por la edificación de una conciencia suramericana a través de la cual pueda construirse una armazón espiritual semejante a la europea, aunque distinta por su originalidad y legítimamente separada. El tema será después valorado por los filósofos de la liberación de América Latina, una corriente sobre la cual se puede profundizar a través de la consulta de las obras de Leopoldo Zea, por ejemplo, y por una escuela de historiadores de las ideas ampliamente conocida, pero ahora estamos ante una de sus referencias pioneras.

Acaso por ser justamente una de las primeras búsquedas en torno las formas de la conciencia que se han desarrollado en Suramérica, el autor encarezca excesivamente las cualidades de una naturaleza y de una sociedad sin desmontar, o que él piensa que no se han desmontado, para buscar el desenlace en el elemento humano más cercano a sus rasgos, para proponer y justificar una representatividad íntimamente apegada a los hombres y al entorno que deben representar en una etapa rudimentaria de desarrollo. Así las cosas, lo que hoy llamaríamos gobernabilidad puede encontrar escollos en la formación intelectual de los líderes. En Francia todos pueden ser Laval o Herriot debido a la educación de las masas, como vimos antes, pero en Suramérica no sólo no se puede dar todavía el fenómeno, sino que no es deseable ni en el caso de los hombres llamados a dirigir la sociedad.

Según el Fernando González de **Mi compadre:**

5 *Ibidem*, p. 63.

El universitario es impropio para gobernar, y mucho más aún a los pueblos nuevos, porque no tiene la conciencia de la multitud. Con el estudio se pierden aquellas facultades de percibir los secretos de las selvas, llanuras, senderos...; se pierde la comunidad o habituación con la masa amorfa del país.

Lo que crea la habituación al medio, es la convivencia. El indio suramericano es un órgano de la comunidad y de su país; sabe muchas cosas, pero no se da cuenta de que se las sabe. Cuando el conocimiento es connatural, no se tiene conciencia de él. El tigre, por ejemplo, sabe a qué motivación equivale cada movimiento de su presa, pero no tiene objetivado tal conocimiento, no puede dar una conferencia sobre eso.⁶

Ahora utiliza la afirmación para justificar sus simpatías por José Antonio Páez, caudillo de los llaneros durante la Independencia y una de las figuras que más le atraen en Venezuela junto con Antonio Guzmán Blanco y Juan Vicente Gómez, las supremas encarnaciones de la nación según su punto de vista. Sin embargo, antes de ver los motivos que tuvo para la selección del trío, conviene reflexionar sobre esta versión panorámica de los líderes llamados a cumplir a cabalidad un cometido plausible de administración y gobierno. En lugar de una herramienta útil, la formación intelectual se convierte en interferencia en el caso de las representaciones del pueblo. Los libros y los pupitres tapan el paisaje y ocultan a los hombres que lo habitan. La educación que ha obrado portentos en Europa se vuelve perjuicio en el caso de los pueblos suramericanos. No hace falta, porque el medio provee a sus criaturas de las claves para su entendimiento. Del paisaje avasallante mana la luz en el camino de los gobernantes. El gobierno no es asunto de formación intelectual, ni de convicciones republicanas, sino un problema de maña y olfato.

Los arquetipos iletrados

De allí que la solución consista en desvelar las posibilidades de los suramericanos, en reafirmar su capacidad para el control de la geografía y para el manejo de sus urgencias, ya que las tienen de sobra pero ignoran que las han llevado siempre metidas en el pellejo. Quien desee criticar acerbamente el texto puede asegurar que, de acuerdo con su contenido, la educación es ahora un descubrimiento de astucias y resabios, de ingenios y destrezas naturales sobre cuyos beneficios nadie puede apostar con tranquilidad, ni siquiera en torno a una metamorfosis menor. Pero es lo que el autor propone y a lo que se aferra

6 Ibid. pp. 23-24.

pese a que puede interferir su juicio sobre otras figuras del entorno a quienes ha prodigado alabanzas en su función de políticos familiarizados con la actividad intelectual. Simón Bolívar, por ejemplo, un ilustrado que lo ha llevado a escribir centenares de páginas apologéticas. Ahora lo trata como sigue:

Páez no había estudiado, pero sabía muchas cosas. Al médico le curan sus infecciones los glóbulos rojos, la fagocitosis, que no han estudiado en ninguna parte. Por eso Bolívar era la boca y el pensamiento de América, no por haber estudiado; en cuanto leyó no era Bolívar: Dañaba más bien sus escritos con citas de la revolución francesa.⁷

En el caso del Libertador la ilustración no fue fundamental, de acuerdo con el texto. Las citas de las fuentes modernas fueron un estorbo, en lugar de un auxilio de entidad. O tal vez el disfraz de su nexa con lo más indomable de los paisajes y de los hombres de la época. Fueron a lo sumo un complemento, debido a que el grande hombre era más como los indios quienes exhiben el enigma de su sabiduría sin proponérselo, que como los filósofos quienes expresan lo que han rumiado con paciencia en sus gabinetes. Estamos frente a una curiosa manera de evitar una contradicción, aunque también ante una exhibición de astucia como la que admira en los arquetipos venezolanos del siglo XIX.

Pero despachar así la orientación del fragmento no parece justo. Fernando González se distancia de la corriente predominante que se regodea en la detracción de la supuesta barbarie suramericana. No está clamando por catedráticos extranjeros, ni está empeñado en pulir a los llaneros, ni pretende la solución de llenar de aulas las campiñas. La pastilla de jabón de la civilización europea no viene en su equipaje. Respeto esa civilización que le ha dado paradigmas al nuevo continente, pero piensa que no es indispensable. No sólo está conforme con las manchas en la piel de los mestizos del pasado y del presente, sino ufano. En lugar de cartillas de modales, catones de civilidad y antídotos presuntuosos, en vez de proponer planes de inmigración y negocios de maquinarias para transformar la escena, registra en las características de los actores y en la escena misma la alternativa del desenlace que la mayoría de los autores de la época niega porque ha observado el asunto desde una tribuna encumbrada y distante. La barbarie no existe en el pensamiento de Fernando González, porque se ha empeñado en mirarse en el espejo de una colectividad capaz de encontrar sus remedios sin salir de sus límites. Como no abundan, las interpretaciones así de respetuosas e indulgentes merecen atenta consideración. Con el aliento de otras pocas de ellas, no se hubiera insistido en el absurdo de buscar el obligado blanqueo de las repúblicas provenientes del imperio hispánico.

7 Ibid. p. 24.

En una apreciación tan entusiasta de una Suramérica ancestral, calza a la perfección su admiración por Páez: “Dios carnicero de los llanos, jinete inverosímil, orgullo del organismo. Era epiléptico. ¿Por qué exigirle que fuera también santo y un Solón? Era *un palo de hombre*”.⁸ La atracción por Guzmán Blanco pudiera generar ruidos en el argumento, no en balde fue un magistrado sumiso a las ideas y a las modas europeas, pero la misma plataforma de la reflexión conduce a don Fernando a un generoso entendimiento.

Es el hombre de las estatuas. Liberales del trópico en donde la luna y el sol alborotan la savia, la imaginación, todos los jugos vitales. Estatuas que derrumbaban cuando se enojaban con él y que reponían luego. Es el rastacuero simpático que compra un palacio en la calle Copérnico de París, casa sus hijas con marqueses de allá, construye teatros, *concede* el país a los extranjeros. Botarate, enamorado, verboso. En suma, la generosidad inconsciente del trópico”.⁹

De acuerdo con el **Diccionario del habla actual de Venezuela**, *rastacuero* es la persona que se jacta de lo que es, sabe o tiene, especialmente de riqueza, de poder o de valentía; pero también es la persona que aparenta más de lo que es o tiene, o una persona que actúa servilmente para conseguir un fin.¹⁰ ¿No exagera el pensador sus disculpas, cuando las busca y las encuentra en el trópico? ¿No se hace de la vista gorda ante las ofensas y los escandalosos robos del personaje, que él conoce porque los describe en otro lugar del libro, para presentarlo junto con el resto de sus contemporáneos como producto de la exuberancia del paisaje? La comprensión fraguada en una celda telúrica muestra de nuevo elocuentes limitaciones, cuya presencia convenía resaltar antes de entrar en el esbozo de su versión de Gómez.

Venezuela y su chamán

Una versión que pasa por el reconocimiento de la peculiaridad venezolana, como consecuencia de la evolución provocada en las maneras de hacer la nacionalidad con las piezas que los hombres tuvieron a mano y con las características de su etnia. Las formas de hacer poco a poco una república particular después de la desmembración de Colombia, se convierten en paradigma gene-

8 Ibid. p. 18.

9 Ibid. p. 47.

10 **Diccionario del habla actual de Venezuela**, por Rocío Núñez y Francisco Javier Pérez, Caracas, Universidad Católica Andrés Bello, 1998, p. 419.

ral y en el desenlace de un gobernante idóneo. Detengámonos en el curioso vistazo de la historia de Venezuela, que relaciona con la evolución de las sociedades de la desaparecida unión colombiana:

En Venezuela apareció ya el tipo suramericano. Todos son iguales, tienen egoencia admirable, desfachatez y capacidad dominadora. Biológica y históricamente, Caracas es la capital suramericana.

La guerra federal fue para acabar con los blancos, y se acabaron hasta el punto de que hoy se introducen en Alemania para pajes. Todos los pajes en Venezuela son europeos, generalmente alemanes, por disciplinados y obedientes. Nacieron para marchar al látigo o para la insolencia, cuando mandan.

Algunos se han enojado porque he dicho que el venezolano no es blanco; que es producto de las tres razas. ¿Por qué? Ni el que aún sea blanco puede enojarse en Suramérica; sus nietos no lo serán. ¿Qué se hicieron las indias? A estas no las mataban los españoles. ¿Qué se hicieron negros y negras?

La ventaja que nos llevan los venezolanos consiste en que se unificaron por las guerras y la configuración territorial: Una llanura con un brazo andino que la resguarda del mar. En Colombia hay departamentos indios, blancos y negros; hay dispersión ideológica: Gran montaña andina en que los grupos están encerrados por barreras infranqueables. El Ecuador necesita mayor aporte de blancos para su sangre india. Carreteras y unión para mezclarnos los tres pueblos. No necesitamos de europeos, podridos de viejos y de vicios. Los tres países tienen la cantidad de sangres necesarias para la mezcla. Hay lo suficiente para el tipo definitivo. ¡A la obra!¹¹

Dos razones hacen de Venezuela un modelo: la disminución de la raza blanca debido a un conflicto civil y las facilidades concedidas por la geografía para el establecimiento de una sociedad integrada. Tales resortes permitieron la formación de los sujetos arquetípicos que le han faltado al Ecuador por el predominio de los indígenas y a Colombia por los escollos del medio físico. Una matanza pavorosa y una topografía benigna crearon en Venezuela el suramericano proverbial, un tipo físico y cultural a quien no importan las diferencias sociales y quien puede, sin pensar demasiado, sólo porque confía en las posibilidades de su raza y en una manera violenta de lograr sus propó-

11 *Mi compadre*, p. 41.

sitos, disponerse para controlar el porvenir. Salta a la vista el entusiasmo del análisis, susceptible de promover la mudanza del magisterio europeo tradicional por el dictamen de unos agentes portadores de “egoencia”, pero también las carencias. ¿Qué es esa “egoencia” de los venezolanos, vista como prueba de vigor y de virtud? Una egregia emanación del ego nacional, seguramente. El creador del vocablo no se detiene ahora en definiciones. En todo caso, alude a una instancia psíquica de difícil comprobación en su momento, pero también en la posteridad desde la cual leemos un libro dedicado a un dictador.

Partiendo del panorama examinado, Fernando González presenta a Gómez como el encantador que ha cocinado una pócima salvadora de su país, y cuyos ingredientes pueden también convertirse en lenitivo del vecindario. Temeraria afirmación que causa impacto entre quienes viven en el seno de la sociedad moldeada en plena dictadura, o que provoca comentarios alentadores de los lectores y de los estudiosos del período posgomecista o de lapsos posteriores. Todavía más, las loas de **Mi compadre** se incorporan a la leyenda del “hombre fuerte y bueno” que por desdicha perdura entre los venezolanos. Como se dijo al principio, la necesidad de apagar los cirios encendidos en el altar de un tirano de siete suelas obligan al estudio prevenido de la fuente según se viene intentando. El estudio seguramente parecerá más beligerante ahora: mientras el autor se entusiasma en sus jaculatorias, el historiador usa con mayor pausa la lupa. Para lo cual acude a la siguiente cita de carácter general, capaz de explicar miopías y encandilamientos:

Aquí está el milagro: Que únicamente Venezuela ha salido de esta angustia: Uno completamente americano, por su sangre indígena y blanca, por su niñez y por sus experiencias; un genio brujo de los Andes, salvó a Venezuela de la ruina en que ya estaba. Gómez es un milagro. Es el primer indicio de la personalidad. Si el Libertador viviera, su alma tendría una conmoción al ver el primer gesto de nuestra sangre india y blanca. Lo curioso es que sea en Venezuela en donde nace la conciencia, allí mismo en donde nació la independencia. Venezuela era casi un Marruecos cuando Gómez apareció. Pero los otros países están *vendiendo*: Olayita vende a Colombia; Leguía, los de Chile y Argentina, los de Cuba, todos son mulatos parisienses o anglosajones.¹²

La angustia se refiere a la exagerada influencia de la cultura europea en Hispanoamérica. De allí que llame la atención. Una censura de las cargas tra-

12 *Ibíd.*, pp. 63-64.

dicionales apoyada en la exploración de valores oriundos puede provocar entusiasmo. Igual debe suceder con el ataque de los gobernantes hispanoamericanos de entonces, no en balde los acusa de la entrega de los países sujetos a su mando en atención a beneficios materiales. Seguramente millares de destinatarios se deslumbren ante la denuncia. Pero que su héroe favorito, Simón Bolívar, pudiera rendirse de admiración ante un campesino de la frontera colombiano-venezolana quien representa la excelencia de la mezcla de las razas india y blanca resulta ya estrambótico, como lo es igualmente que achaque las fallas de los políticos al defecto de ser unos mulatos mirando ensimismados hacia Inglaterra y Francia. Pareciera que le molestan excesivamente las gotas de sangre negra que corren por las venas de esos hombres que su pluma destroza.¹³

¿Cómo entender el fervor que han despertado estas letras? Antes de volver a su versión gomecista de Gomez, conviene resaltar el desafío implicado en cada uno de los vocablos, la irreverencia amalgamada con el insulto, el propósito de acabar con personajes consagrados en las repúblicas letradas o con figuras usualmente temidas debido a sus nexos con el poder. Un Fernando González iconoclasta que se da el lujo de abultar las miserias del presidente liberal Olaya Herrera mientras proclama la santidad de un palurdo de La Mulera, ha de tener clientela antaño y hogaño. Acaso tales razones concedieron una patente de excelencia a la explicación a la cual retornamos.

Las montañas benditas

La médula del enaltecimiento que hemos venido conociendo, se basa en la importancia que concede a la relación establecida por el personaje con su entorno de origen. Es una explicación que se debe examinar con cuidado, debido a que luego contará con múltiples reiteraciones. El Gómez incontaminado que brota del terruño para transmitir las emanaciones de la región a la vastedad del mapa, es una constante en la literatura sobre el dictador. La mudanza de una pretendida virtud de los andinos al resto de la población viciada por la indisciplina y la miseria del siglo XIX, se ha vuelto machacada excusa para el entendimiento del fenómeno. Copiemos el fragmento de González que da origen a la orientación, para tratar de ver después cómo cojea:

Don Juan no conocía sino a sus montañas [...] Don Juan era el mayor de trece hermanos, hogar campesino; desde pequeño quedó huérfano

13 Fernando González escribió un libro titulado *Los negroides*, que no he podido consultar y en el cual pueden encontrarse elementos para matizar la afirmación. Se trata de una obra hartamente celebrada.

de padre y levantó la familia; creció en medio de esos pequeños negocios largos y difíciles del montañés, en que la astucia lenta es como un rumiar. Nació, creció y formó una fortuna en montaña fronteriza, en medio de guerrillas de los dos países.

Llegó a ser un hombre muy considerado, por su firmeza, cumplimiento, seriedad. Se podía confiar en él. Era seguro. En fin, en el Táchira lo llamaban *mano Juan*.

En Colombia, Don Juan fue amigo del jefe liberal y del conservador; les guardaba en sus fincas los caballos, para que no se los robaran mutuamente. Con los jefes de ambas partes hacía negocios y con todos era cumplido. Un hombre honrado y un hombre firme. Tenía *crédito*.

[...] Aún no tenía conciencia de su destino. Era prudente, discreto, sin el brillo que luego habían de darle el trato y manejo de los hombres, el sufrimiento de las ofensas y la disciplina de la espera. Todo se lo debe al control sobre sí mismo y a la observación de los hombres; nada a las escuelas.¹⁴

La afirmación pretende informarnos sobre un fenómeno que extrae del ambiente inmediato sus cualidades, portento en el cual no influyen factores intelectuales ni educativos. El imperio de la naturaleza obliga a Gómez a ser como será cuando ascienda al poder. La montaña andina, único elemento de formación y vehículo exclusivo para conocer a la sociedad, lo colma de contenidos que desembocarán en la fragua de una conciencia excepcional. De momento, lo va perfilando como un sujeto susceptible de convertirse en garantía del porvenir. De allí la fama que comienza a labrarse y la adquisición de las excelencias que demostrará en el gobierno, aunque también influyen en el proceso las circunstancias de su vida familiar.¹⁵ Tanto González como muchos de sus seguidores, han querido componer la primera estampa del genio que deslumbrará más tarde, pero quizá sin salir del contenido del fragmento podamos ahora llegar a una conclusión diferente.

¿Acaso nos está explicando de veras el nacimiento de un extraordinario animal político? ¿Asoma las excelencias de un campesino del Táchira llamado a un destino superior? Algunos lo han entendido así, pero una lectura desprevénida no puede compartir el parecer. Lo que en realidad hace González es

14 Ibid. pp. 80-81.

15 La idea del portentoso andinismo de Gómez encuentra un entusiasta seguidor en Thomas Rourke, a través de *Gómez, tirano de Los Andes*, Buenos Aires, Editorial Claridad, 1952.

mostrarnos a un campesino como debieron ser todos los de la época en los Andes y en el llano, en el centro y en el oriente de Venezuela, con una manera de tratar con los semejantes parecida a las del resto de la comarca y de más allá. El autor no señala cómo pudo la montaña determinar la conducta del personaje. El hecho del nacimiento en el lugar no es suficiente para la explicación de la correspondencia que pudo establecerse entre la matriz natural y su criatura. Apenas describe a un campesino, sin explicar cómo el teatro lo obliga a moverse de una manera específica en sus tablas. Pero describe a un campesino simple, a un opaco labriego que se maneja con prudencia ante los poderosos, o a un mercader lugareño que cumple sus elementales obligaciones de manera igualmente elemental mientras intenta ganarse unas monedas sin estorbar. Debió existir entonces un centenar de hombrecitos taciturnos y esforzados como Juan Vicente Gómez, sin la publicidad de un escritor dispuesto a cambiarlos por seres insólitos. Quien revise las páginas de **Mi compadre** topará con decenas de referencias a los milagros de la raíz andina de Gómez, pero también con el raquitismo de una plataforma fabricada de forma precaria.

Cuarteto de alhajas personales

Pero de allí termina llamando la atención sobre cuatro virtudes que observa en su modelo: la paciencia, el realismo, “sacrificar todo al fin” y una muy curiosa que llama “suramericanismo”. Supo guardar ocho años de silencio durante el régimen de Cipriano Castro, ejerciendo en mudez sus funciones de subalterno, mientras “observaba a los hombres y pensaba en Venezuela futura”, escribe para avalar la primera.¹⁶ Sobre este Gómez pensador y paciente pudiera decirse más bien que cumplía sus deberes según los cumple un segundón medroso y oscuro, timorato e inseguro, pero el autor pontifica sobre una destacada prenda.

En torno a la segunda virtud tiene los siguientes comentarios:

A pesar de ser hombre de orden, economía y trabajo; a pesar de tener como ideal un nacionalismo consciente, trabaja con lo que el destino le pone en la mano: Guerrilleros que buscan el tesoro para bañarse en él. Les da dinero, funda fábricas, establece empresas para enriquecerlos [...] En cuanto es necesario, cierra los ojos a las miserias y a las pequeñeces. Porque con esos elementos tenía que trabajar; así había quedado Venezuela después de tantas luchas. Había que gobernarla como la encontró e ir haciendo el bien, carreteras, agricultura, cuadros sociales.¹⁷

16 Ibid., p. 124.

17 Ibid., p. 125.

El realismo pudiera ser también falta de iniciativa cuando uno se empeña en meterle el diente a un texto por su complicidad con la obra de un tirano, según viene haciendo esta lectura expresamente antigomecista. Como de eso se trata, cualquier lector acucioso tendría que preguntar también sobre el nacionalismo de Gómez proclamado en las letras sin otro sustento que el criterio sin evidencias del autor.

El “sacrificar todo a un fin” provoca un extenso comentario sobre el cual conviene detenerse sin contemplaciones, en la medida en que avala muchos de los tormentos que el homenajeado le provocó a Venezuela. Es como viene de seguidas:

Es duro cuando su fin de trabajo y paz en Venezuela, lo exige; es manso, cuando el fin lo exige. Hombre organizado es el que tiene en la subconsciencia el tratado escolástico de la ordenación de fines. Es lo que constituye a los grandes hombres. Dios, que conoce todos los fines ya, ya, fuera del tiempo, y que permite que los trenes choquen y machaquen niños y viejos, que los alemanes hundan bayonetas-serruchos en el vientre de sus enemigos y que nos da el sol, y el canto de las aves y a Miguel Ángel, es el prototipo de los hombres organizados.

Aquí viene el fin: *Gómez se propone que Venezuela sea trabajadora y pacífica*. Sus actos han sido: Desarmar al pueblo; hizo recoger todas las armas. Hasta él, cada venezolano tenía machete, puñal, fusil, revólver, etc. Páez había regado las armas.

Lo segundo que hizo: Pacificar la Sierra de Carabobo, nido de las guerrillas. Un amigo mío lo oyó, cuando le contaba a Mr. Murray, sentados en una casa de San Juan de los Morros, la manera cómo había logrado eso: ‘*Yo recorrí toda la sierra y llegaba a los ranchos de los guerrilleros y les decía: Vénganse con nosotros a trabajar, ustedes y sus hombres, o les quemamos los ranchos. Quemé muchos*’. Quemados los ranchos y decomisadas las armas con penas fuertes para los contraventores, quedo en paz Venezuela.

Se trataba ahora de trabajar: Después de la historia que conocemos, es evidente que Venezuela no tenía sino *guapos* en sus aldeas despobladas. Había más generales que habitantes; es fácil imaginar que Caracas y todas las poblaciones carecían de comercio; que la agricultura y ganadería habían desaparecido absolutamente. Había soldados, que esperaban al *guapo* del pueblo para que se *alzara* y los llevara a la guerra, es decir, a robar. Los generales y sus hijos, o sea, la *buena sociedad*, debían la riqueza a los *alzamientos*. Cuando llegó Gómez, no se trabajaba literalmente. Quitadas las armas, no quedaron sino vagos.

¿Qué hizo? Cumplió su segunda finalidad. Con estos vagos hizo las carreteras, 'a plan de machete', según palabras que me dijo en Maracay. ¡Hizo cinco mil kilómetros de carreteras! A los presidentes de los estados les dijo textualmente: '*A todos los guapitos de barrio o de municipio que usted no pueda emplear, mándemelos para el Castillo*'.

Desde que apareció en escena, hace treinta y cuatro años, no ha ejecutado ningún acto que no tenga por finalidad pacificar y hacer trabajar a Venezuela.

No es enamorado ni misógino. Usa de las mujeres con método y, como es muy sano y sin vicios, tiene como setenta hijos. No fuma, no bebe, no ha tenido pasiones amorosas. Única pasión, como nube que cubre todo su campo mental: Gobernar a Venezuela para unirla, pacificarla y hacerla trabajadora.¹⁸

El general Gómez, de acuerdo con el texto, fue un estadista con un pensamiento sobre cómo debía ser el país. Había organizado en su cabeza las pautas del régimen, casi como Dios sabe lo bueno y lo malo que sucederá a través del tiempo. Tal vez sea esta la afirmación más aventurada de González, no en balde nos había referido hasta ahora la historia de un individuo inspirado por la mole de sus montañas que había pasado la primera etapa de su vida según la pasaban los labriegos de su tiempo y vivido casi una década de mutismo antes de ascender al poder. Quién sabe por cual enigmático camino llega a convertirse en el magistrado que calcula con antelación las líneas maestras de su administración para llevarlas a cabo a la perfección de acuerdo con un libreto cuidadosamente trabajado. Pero la maroma que hace del andino elemental un sabio administrador no sólo es aventurada, sino inaceptable en la medida en que permite justificar las maneras que tuvo para imponer el plan supuestamente madurado en términos plausibles: las prisiones en el Castillo, los políticos obligados a construir carreteras, la utilización de las mujeres como las utiliza un semental, para sólo tratar ahora los ejemplos manejados por el autor. González esboza una crítica de los alemanes porque utilizaron durante la Gran Guerra un arma despiadada, pero cuando lleva a su personaje hasta el escalafón de los mandatarios coherentes y profundos justifica una cadena de desmanes. Confiesa al final que a Gómez sólo le importa el poder, pero encubre la evidente ambición por el control férreo de la sociedad mediante una relación con metas laudables como la concordia de los venezolanos y el fomento del país gracias al trabajo.

18 Ibid., 125-127.

En el desarrollo del asunto relativo a la pretendida virtud identificada como “suramericanismo”, última del repertorio, el argumento tampoco destaca por su fortaleza. ¿Por qué termina Gómez encarnando un cúmulo de prendas capaces de identificarlo con nuestro continente del sur, o de convertirlo en su modelo?

No odia a ningún país. A Colombia la quiere y llama al territorio fronterizo de la montaña andina *la tierra*. La experiencia venezolana de concesiones y empréstitos, y su desconfianza nativa de hacendado, le dieron repugnancia invencible por el crédito, en momentos en que éste de desarrollaba como un monstruo que se ha tragado al mundo. Los bloqueos y reclamaciones le dieron gran desconfianza por la inmigración como medio de hacer progresar nuestra tierra.

Gómez es lección viva para nosotros los suramericanos. Si queremos ser lo que soñaba el Libertador, debemos beber en esa fuente: Paz. Trabajo. Amistad con todos. Lejos la inmigración. Con nuestro dinero y con nuestro trabajo. Con dinero venezolano se han hecho las carreteras y todas las obras. Hay que pensar que en el resto de Suramérica no hay un puente, un alcantarillado, una estatua de Bolívar, que no hayan sido hechos por extranjeros y con dinero extranjero. ¡Nada hemos dado a la luz!¹⁹

¿No sabía don Fernando que Venezuela tenía petróleo, mientras el resto de los países del vecindario se las arreglaba para trabajar una riqueza menos inesperada y menos complaciente? Acaso tampoco conocía la generosa política de concesiones que inició don Juan Vicente en beneficio de los británicos y los estadounidenses, otro detalle que le hubiera sugerido moderación a la hora de hablar de “suramericanismo”. Pero la exaltación de la cuarta virtud continúa ofreciendo sorpresas:

¡Nada hemos dado a luz! Las riquezas y los *bienes* de este mundo, cuando no se han trabajado y merecido, son corruptores. Suramérica goza de todo sin haber hecho el esfuerzo. ¡Nos corrompen las carreteras, ferrocarriles, aviones, casas y puentes que no hemos hecho...!

¿Qué, sino repugnante, esa literatura hecha en Europa, a la europea? Digan lo que quieran y enójense lo que puedan, diré que esos versos de Rubén Darío, esos libros de amores en París, esos Carrillos y esos Garcías Calderones... son cosas europeas y mejores las hacen en Europa! ¡Si así va a ser el aporte todo de Suramérica, mejor era ser colonia de España!

19 Ibid., p. 128.

Gómez hizo nacer una literatura. Los guapetones que hacían versos se declararon desterrados, se fueron. Había que trabajar y no se podía escribir ya acerca de libertinaje francés, de elecciones, de la igualdad entre los hombres que son diferentes, etc.

[...] El periodismo suramericano es una algarabía. Insulta tanto, dicen tanta necedad, que son inocuos los periódicos. En Venezuela comienza el control. No hay censura, sino *autocensura*. Cuando critican, es grave el efecto. Un periódico, en los días de mi visita a Caracas, dijo que un banco no tenía capital en Venezuela y, por eso, en dos horas, le retiraron muchos millones depositados. Casi quiebra. El Poder de una prensa mesurada es grande. En Colombia dicen que fulano es ladrón y, al otro día, aparece de presidente. Perro que ladra no muerde.²⁰

Ahora no sólo niega el desarrollo de una etapa de construcción de las sociedades, sucedida en medio de sacrificios y penurias en la América del sur, sino que también llega al exceso de disimular la liquidación de la libertad de expresión en la Venezuela gomecista ocultando el delito en el supremo interés por privilegiar el trabajo e imponer el orden después de la anarquía antecedente. Si resulta insostenible la proposición en torno a la laboriosidad que se inaugura en Venezuela durante el régimen de Gómez, no en balde la producción petrolera y el parasitismo de quienes la reciben sin mover un dedo forman un sólido nexo materno filial, aumentan las goteras en el maltrecho tejado cuando se felicita por el control de la prensa o cuando se burla de su marcha autónoma en Colombia. La censura de escritores como Darío, que sonó mejor antes, que no aturdió cuando quiso usarla para afirmar una conciencia hispanoamericana cabal, adquiere la categoría de denuesto inadmisibile. ¿No la usa para hacer la apología de algo que no existió: la literatura estimulada por un gañán a quien acicala con el maquillaje del despotismo ilustrado? Este último aporte, junto con la subestimación de la historia suramericana y la ofensa de sugerir a Gómez como paradigma para el comienzo de una historia que no ha empezado de veras, hace que las páginas de **Mi compadre** traspasen las barreras de la medida y el decoro.

Conclusión desde La Rotunda

En 1909, un venezolano llamado Olivo Martínez se atrevió a vaticinar los horrores que esperaban a Venezuela durante el régimen de Juan Vicente Gómez,

20 Ibid., pp. 128-130.

que apenas tenía un semestre de vida. Según recordó después el poeta Andrés Eloy Blanco: “Aquel hombre fue castigado por aquel discurso [...] pasó 39 meses en el Castillo de Puerto Cabello, con un peso de cincuenta libras en los pies. Pero su verdad duró veintisiete años con un peso de cincuenta mil cadáveres”.²¹

De esa época inicial data la famosa prisión de Zoilo Vidal –doce años encerrado en una primera tanda, dos años más, luego de un breve intervalo de libertad y, por último, prisión vitalicia en el Asilo de Enajenados de Caracas; y la reclusión del general Fernando Márquez, quien apenas pudo pasar un tiempo con los suyos en el lapso completo de la dictadura, durante una fugaz amnistía decretada en 1927.²² Así se comienza a llenar una lista de presos harto conocidos.

Para calcular el sufrimiento de quienes debieron padecer en las ergástulas, ojalá resulten suficientes los versos escritos por Job Pim sobre el martirio de Pedro Manuel Ruiz, uno de sus compañeros en La Rotunda:

Se está muriendo mi vecino,
desde aquí escucho su estertor;
será otra cruz en el camino
de este larguísimo dolor.
Un terrible mal lo asesina:
úlceras tiene a discreción;
no le han dado una medicina
ni una vedija de algodón²³.

O, si no, un pormenorizado documento que la Unión Cívica Venezolana publica en Nueva York en 1928 sobre la situación carcelaria. En un texto prolijo, del cual apenas extraemos ahora la lista de defunciones de 1919 en la misma cárcel de dolorosa memoria:

Emiliano Merchán, murió de hambre el 2 de enero, a las 11 a.m. calabozo 15. Enrique Mejías, murió de pústulas sifilíticas, sin asistencia, el 19 de abril, calabozo 5. Subteniente Domingo Mujica, murió de hambre el 3 de septiembre a las 9 a.m., calabozo 23. Subteniente Luis Aranguren, murió de hambre y veneno el 6 de septiembre, 6 a.m., calabozo 38.

21 Citado por Jesús Sanoja Hernández, *Largo viaje hacia la muerte*. Juan Vicente Gómez y su época, Elías Pino Iturrieta (coordinador), Caracas, Monte Ávila Editores, 1985, p. 141.

22 *Ibidem*, pp., 141-142.

23 *Ibid.* p. 147.

Subteniente Víctor Caricote, murió de hambre el 16 de septiembre, a las 6:30 p.m., calabozo 15. Teniente Jorge Ramírez, murió de latigazos y veneno el 21 de octubre, calabozo 24, a las 10 p.m. Subteniente José Agustín Badaraco, murió de hambre y veneno el 7 de octubre a las 9 a.m., calabozo 31. Subteniente Cristóbal Parra Entrena, murió de hambre y veneno el 22 de diciembre a las 5 p.m., calabozo 36.²⁴

¿Suficiente? Tal vez no, después del panegírico. Terminemos entonces con la exhibición del tortol, una de las herramientas preferidas por los verdugos de entonces. El periodista Carlos M. Flores, quien fue para su desdicha uno de los huéspedes de La Rotunda, lo describe así:

[...] es un instrumento de martirio que consiste en una cuerda anudada, que se coloca en la cabeza, a la altura de la cien, y la cual se va apretando por medio de un garrote. Los nudos se incrustan poco a poco y el dolor que produce es intenso; algunos mueren en la prueba, otros más fuertes quedan con vida, ¡pero en qué estado!, con los oídos reventados y sin conocimiento.²⁵

¿Suficiente, ahora sí? Aconsejo la lectura de una obra mayor de la literatura nacional, en caso de que pretendan continuar en el sumidero de este teatro de horrores: las **Memorias de un venezolano de la decadencia**, que debemos a José Rafael Pocaterra. Pero cuando terminen su lectura traten de meterse como si cual cosa en las páginas de **Mi compadre**, a ver si desean insistir en el “suramericanismo” de un hombre capaz de promover los hechos someramente descritos, o estar de acuerdo en cómo salió de los Andes un elemento ordenador de la sociedad, o en reconocer la existencia de un modelo de gobierno basado en factores vinculados a nuestra naturaleza, o acompañar los juicios asomados en este escrito que ya termina. Pero no deben preocuparse demasiado por lo que encuentren, algo de lo cual se ha tratado de reprochar ahora, pues pertenecen a un catálogo en el cual circula una copiosa bibliografía redactada por venezolanos notables como Pedro Manuel Arcaya, José Gil Fortoul, Laureano Vallenilla Lanz y César Zumeta, cuya legitimación de Juan Vicente Gómez ha sido después suscrita por millones de sus paisanos aún en nuestros días.

24 Ibid. p. 148.

25 Ibid., p. 152.